

DISCÍPULOS MISIONEROS DEL DIOS TRINIDAD: REFLEXIONES A LA LUZ DEL DOCUMENTO DE APARECIDA

Juan Pablo
Espinosa Arce*

Resumen:

El acontecimiento de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe celebrada en Aparecida el año 2007, provocó una renovación eclesial en clave de discipulado y misión. La identidad de los creyentes, es para Aparecida, una que se actualiza en el anuncio del Evangelio en nuestro Continente para que nuestros pueblos tengan en Jesucristo Vida y Vida en abundancia. Los discípulos misioneros comprenden su vocación como un movimiento del Dios Trinidad que actúa en sus vidas y los impulsa a ser servidores del mundo, de la cultura y de las historias particulares latinoamericanas. A partir de ello, nuestro artículo se propone ofrecer algunas reflexiones en torno a la relación de la Trinidad con los discípulos misioneros. El viento de Pentecostés que surcó el continente gracias a Aparecida representa, a nuestro entender, el origen de la vivencia de la eclesiología de comunión que se logra gracias a la acción de la Trinidad que convoca a la pluralidad de carismas, ministerios, estados y servicios a anunciar el único Evangelio.

*Laico chileno. Profesor de Religión y Filosofía por la Universidad Católica del Maule. Estudiante del Magíster en Teología Fundamental por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo: jpespinosa@uc.cl

1. Introducción: El soplo de Pentecostés en Aparecida

La V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, celebrada hace diez años en el Santuario Nacional de la Virgen Aparecida en Brasil (Mayo de 2007), representa un hito fundamental dentro del proceso sinodal de América Latina. La Iglesia que peregrina en el continente, que está en el Sur del mundo, en medio de la pobreza y la fe en el Dios de Jesucristo, ha sabido aprender a caminar de la mano de sus pastores en vistas a una eclesiología participativa y que muestra la comunión de carismas al interior del Pueblo de Dios. Carlos María Galli afirma que “la V Conferencia de Aparecida es un *jalón decisivo* en este camino pastoral, en continuidad con las conferencias anteriores de Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santiago Domingo, y refleja el acontecimiento religioso, eclesial y evangelizador celebrado en el santuario mariano nacional de Brasil”¹.

En Aparecida, aconteció una revitalización de la misión y de la evangelización. Y esto sucede como viento del Espíritu que nos permite contemplar la irrupción de un nuevo Pentecostés en la Iglesia de rostro latinoamericano, andino, caribeño, mestizo, afroamericano. Caamaño sostiene que “el documento (de Aparecida)² tiene un interés fuertemente pastoral”³, interés que también es eclesiológico y que se funda en la categoría de discípulos misioneros. Precisamente en relación a esa dimensión pastoral de los discípulos misioneros, autores como Roncagliolo comentan que “el discipulado es una clave hermenéutica de la Pastoral”⁴ y que la clave discipular es la novedad de Aparecida. A juicio de este autor, lo que la V Conferencia realiza al apostar por esta hermenéutica, es que “la denominación discípulo enriquece el lenguaje magisterial, permitiendo denominar a las personas con una categoría que claramente, no sólo habla de un estado ontológico, sino tam-

¹ GALLI, “*Lectura teológica del texto de Evangelii gaudium en el contexto del ministerio del Papa Francisco*”, en Medellín, 158, Abril-Junio 2014, 47-88, 52. Las cursivas son nuestras.

² De ahora en adelante DA.

³ CAAMAÑO, “*Cristo y la vida plena. Aportes a la recepción de Aparecida*” en Teología, XLIV. 94, 2007, 445-456, 446.

⁴ RONCAGLILO, El Discipulado como una clave hermenéutica de la pastoral en *La Revista Católica*, 1171, 2011, 214-225

bién de un correlato existencial, de naturaleza interpersonal, y en directa relación con Jesucristo y con los otros”⁵.

A partir de esto se comprende cómo dicha categoría constituye el rostro identitario de la V Conferencia: “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida”. Esta vida fue entendida por Benedicto XVI en el Discurso Inaugural de la V Conferencia (DI) como un derecho de los pueblos latinoamericanos y caribeños (Cf. DI 4). Es una vida plena que es “propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia” (DI 4). Con este llamado del Papa Ratzinger, evidenciamos cuáles son los grandes temas que han marcado los documentos magisteriales desde el Concilio Vaticano II: Cristo, la Iglesia, el hombre y el mundo. Aparecida, por tanto, sigue la huella profética y *kairológica* del Concilio. Aparecida está receptionando la fuerza del Viento del Espíritu en la realidad del continente.

Aparecida es entendida como convocación que nace de “la luz

del Señor resucitado y con la fuerza del Espíritu Santo” (DA 1). La V Conferencia busca poner a toda América Latina y Caribeña en un estado permanente de misión, en donde todos los creyentes se comprenden como discípulos misioneros. Así lo comentan los Obispos: “Desde el cenáculo de Aparecida nos disponemos a emprender una nueva etapa de nuestro caminar pastoral declarándonos en misión permanente. Con el fuego del Espíritu vamos a inflamar de amor nuestro continente” (Mensaje Final 4).

Algunos elementos resaltan: en primer lugar, el carácter eclesial del acontecimiento de Aparecida, el cual es definido como “cenáculo”. Aquí, los Obispos están pensando en la sala común en donde estaban todos los discípulos junto a María -en el rostro moreno y mestizo de Aparecida y Guadalupe- unidos por la oración y el vínculo del amor manifestado en el Espíritu de Pentecostés (Cf. Hech 1, 12-14; Hech 2, 1-4). En Pentecostés reconocemos la pluralidad de lenguas, culturas, expresiones vitales, motivaciones y experiencias religiosas y personales. Y todas ellas pueden entender las maravillas de Dios.

⁵ *Op. cit.*, 215

Y de ello, desprendemos un segundo aspecto esencial, a saber, la centralidad *pneumatológica* de la fe cristiana. Los Obispos hablan de sentirse animados por el Espíritu, de su fuego, de su fuerza y de su dinamismo evangelizador. La Iglesia del cenáculo de Jerusalén y de Aparecida es enviada en misión, y más específicamente en “misión permanente”. La Iglesia, por tanto, no puede comprenderse verdaderamente si no es desde la evangelización.

Este proceso permanente de evangelización al cual son convocados los discípulos misioneros, lleva el sello del Espíritu. Si es el Espíritu el que une la pluralidad de rostros del continente, es porque la Trinidad está en la base de la misión permanente y del carácter discipular de la Iglesia que, a su vez, es imagen de la Trinidad. En palabras del DA, haciéndose eco de *Ad Gentes* 2: “La Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza, porque toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu, según el designio del Padre. Por eso, el impulso misionero es fruto necesario de la vida que la Trinidad comunica a los discípulos” (DA 347).

A partir de ello, queremos ofrecer algunas reflexiones que,

a la luz del DA, nos permiten entender cómo la misión permanente de laicos y consagrados, está profundamente vinculada a la Trinidad. Somos discípulos misioneros del Dios Trinidad y de su Vida que anunciamos con nuestra propia vida. Para efectos de nuestro estudio, contemplaremos los siguientes momentos: en primer lugar, una antropología teológica fundamental que va marcada por el sello trinitario. A partir de ella, entenderemos cómo nuestras relaciones interpersonales están animadas por la unidad en la diversidad que se da en la Trinidad. En segundo lugar, un acercamiento eclesiológico fundamental a la Iglesia como *imago Trinitatis* en vistas a la eclesiología de la comunión y la participación. Finalmente, una breve reflexión en torno a la evangelización de la cultura a partir del carisma trinitario presente en todo el Pueblo de Dios.

2. Una antropología cristiana marcada por el sello trinitario

En primer lugar, centraremos nuestra atención en la antropología cristiana. Los discípulos misioneros son ante todo sujetos históricos, encarnados en una cultura, con la cual comparten lazos de identidad, de pertenencia, de re-

laciones interpersonales con otros y otras. La antropología cristiana fundamental comienza con la afirmación bíblica que, tanto varón como mujer, han sido creados a imagen y semejanza de Dios (Cf. Gn 1, 26-27), con igual dignidad, derechos y posibilidades. Esto lo recuerdan los Obispos cuando sostienen: “la antropología cristiana resalta la igual dignidad entre varón y mujer, en razón de ser creados a imagen y semejanza de Dios. El misterio de la Trinidad nos invita a vivir una comunidad de iguales en la diferencia” (DA 451). Y más adelante, leemos que “en el Dios Trinidad la diversidad de Personas no genera violencia y conflicto, sino que es la misma fuente de amor y de la vida” (DA 543).

Es de vital importancia que los Obispos relacionen a la persona individual y concreta y al conjunto del género humano con la Trinidad. No son realidades disociables, al contrario, ya que como hemos visto en los números anteriores del DA, la Trinidad es fuente inagotable que permite la existencia de relaciones interpersonales. Son relaciones que se aplican a partir de la unidad en la diferencia. Que la doctrina cris-

tiana hable de Personas divinas, expresa la idea de un profundo sentido de relacionalidad. Salvador Vergés comenta que “la reciprocidad del amor comunitario de Dios denota que hay en el seno de Dios un intercambio interpersonal. La comunidad relacional de las personas parece fundirse en el encuentro entre ellas. Hay una adhesión total hacia la otra persona. La palabra se vuelve diálogo. La palabra expresa los sentimientos de la persona, que se comunica a la otra. La persona se vuelve transparente para la otra”⁶. El diálogo al interior de la Trinidad acontece gracias al Amor que une al Padre y al Hijo. En el seno del Dios Trinidad se puede descubrir cómo la libertad está amorosamente vinculada al Otro. Se podría definir como un amor que es libre interdependencia entre Personas concretas.

Dicho amor es el que al autocomunicarse históricamente sostiene las relaciones interpersonales de los seres humanos que esencialmente somos distintos. Grande es la diferencia entre una persona y otra, entre pueblos, razas, generaciones y culturas. Nuestro propio continente es una mezcla de rostros y pueblos, comunida-

⁶ VERGÉS, Salvador, *Imagen del Espíritu de Jesús*, Salamanca, 1977, 299.

des y manifestaciones culturales. Son justamente dichas relaciones las que son marcadas por el sello trinitario. Con ello, la fundamentación antropológica de Aparecida comienza desde el sujeto histórico. Por ello, se opta por el método del ver, juzgar y actuar, porque se mira la realidad concreta de los habitantes del continente y porque en dicha historia conflictiva, de luchas y esperanzas, de tristezas y alegrías se busca discernir y juzgar la presencia de Dios de manera de actuar en vistas a su transformación humana y evangélica.

El Dios Trinidad ama a ese hombre y mujer concretos. Como sostiene Walter Kasper, “uno de los datos fundamentales de la antropología cristiana y de su personalismo muestra que cada ser humano es absolutamente singular. Dios no ama las abstracciones

antropológicas, sino a las personas de carne y hueso”⁷. El amor de Dios permite la unión en la diversidad, favorece la superación del conflicto y propone una nueva forma de relacionalidad en clave de diálogo, apertura y fraternidad. Por ello, los Obispos en Aparecida reafirman que “una evangelización que pone la Redención en el centro, nacida de un amor crucificado⁸, es capaz de purificar las estructuras de la sociedad violenta y generar nuevas. La radicalidad de la violencia sólo se resuelve con la radicalidad del amor redentor” (DA 543).

3. Una eclesiología de comunión discipular y misionera animada por la Trinidad⁹

Anteriormente comprobábamos que los Obispos reunidos en Aparecida asumen una perspectiva antropológica fundada en la

⁷ KASPER, Walter, *La Iglesia de Jesucristo*, Santander, 2013, 400.

⁸ Vale aquí el diálogo de los Obispos de Aparecida con Von Balthasar. Para el teólogo suizo, “sólo el amor es digno de fe”. En el amor se encuentra el punto cero de la experiencia del Dios Trinidad. Dios como amor (Cf. 1 Jn 4,8) que nos amó primero y que nos invita a amar a los otros con el amor que él nos tiene. Y para Balthasar justamente en el Crucificado podemos experimentar cuán grande es la radicalidad de ese amor. Sostiene el teólogo: “Y de nuevo el Espíritu del amor puede hacer comprender al mundo la cruz, y no otra cosa, a través del descubrimiento de todo abismo de culpa que este mundo tiene; que en la cruz sale a la luz y que, sin ella, la cruz es incomprensible. Nosotros reconocemos bien en el abandono por Dios del Crucificado que este es el lugar donde hemos sido salvados y preservados de la definitiva pérdida de Dios” VON BALTHASAR, Hans Urs, *Sólo el amor es digno de fe*, Salamanca, 2006, 87.

⁹ En otro artículo, presento parte del pensamiento de Balthasar en torno a la Trinidad como fuente y origen de la eclesialidad de la fe: ESPINOSA, “La Trinidad: origen y fundamento de la eclesialidad de la fe”, en *Anales de Teología* 17.2, 2015, 381-394.

Trinidad. Gracias a ella comprendemos cómo la presencia del otro distinto es positiva y enriquece mi propia existencia. En la unidad diversa de la Trinidad accedemos al entendimiento de la realidad del ser humano. Ahora bien, si mantenemos la conciencia de que la Trinidad favorece la comunión, esto se evidencia de mejor manera en la experiencia eclesial. Es por ello por lo que a la Iglesia se le ha llamado *imago Trinitatis*. Esto lo irá recordando progresivamente el DA.

En el número 55 se lee: “Los discípulos de Jesús están llamados a vivir en comunión con el Padre (1 Jn 1,3), y con su Hijo muerto y resucitado, en la comunión en el Espíritu Santo (2 Co 13,13). El misterio de la Trinidad es la fuente, el modelo y la meta del misterio de la Iglesia”. En el mismo número, un poco más adelante los Obispos declaran que “la comunión de los fieles y de las Iglesias Particulares en el Pueblo de Dios se sustenta en la comunión con la Trinidad” (DA 55). En esta misma línea de relación Iglesia- Trinidad, leemos que “la dimensión comunitaria es intrínseca al misterio y a la realidad de la Iglesia que debe reflejar la Santísima Trinidad. La Iglesia es comunión” (DA 304).

En el número 56, el DA recuerda que “una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es la pertenencia a una comunidad concreta”. En otro número leemos que “todas las bautizadas y los bautizados de América Latina y el Caribe, estamos llamadas/os a vivir y a transmitir la comunión con la Trinidad” (DA 57). A propósito de la espiritualidad cristiana, la V Conferencia sostiene que “la experiencia bautismal es el punto de inicio de toda espiritualidad cristiana que se funda en la Trinidad” (DA 240), y en el mismo número: “una auténtica propuesta de encuentro con Jesucristo debe establecerse sobre el sólido fundamento de la Trinidad-Amor” (DA 240).

De las anteriores anotaciones magisteriales, podemos extraer las siguientes implicancias: en primer lugar, el carácter de renovación eclesiológica que se provoca con el Concilio Vaticano II. El uso del concepto Pueblo de Dios recuperado por la *Lumen Gentium* desde la Escritura y la Tradición, constituye la categoría fundamental para comprender qué es la Iglesia en su misterio. Este Pueblo reúne a creyentes de distintas comunidades, lenguas y naciones gracias al sacerdocio co-

mún de los fieles, nota de unidad al interior de la comunidad. Esta es otra de las características de la eclesiología dinámica del Concilio y de Aparecida. Hemos sido incorporados a la comunidad por el nombre de la Trinidad (Cf. Mt 28,19-20). La inclusión eclesial y la catolicidad del Concilio, en la cual sobresale la presencia de nuestras comunidades latinoamericanas y caribeñas en la totalidad de la Iglesia, responde a los impulsos proféticos fraguados desde Medellín hasta nuestros días. Con ello estamos accediendo a lo que Margit Eckholt denomina como “nueva catolicidad”¹⁰. A juicio de esta teóloga, con el Concilio acontece una “nueva manera de hacerse Iglesia. Esto se ha logrado especialmente a través del desarrollo de una Iglesia latinoamericana, asiática o africana”¹¹. Con ello, estamos volviendo a la conciencia que hay una fuerza de renovación trinitaria que sopla desde el Sur, desde la periferia del mundo. La Trinidad impulsa a los creyentes a vivir una eclesiología de la participación, de la corresponsabilidad y de la comunión en la fe, la esperanza y la caridad.

Gracias a esta comunitariedad de la fe cristiana que confiesa al Dios Trinidad, los discípulos misioneros se ven impulsados a lograr una Iglesia extrovertida, “en salida”, como la llama el Obispo de Roma, Francisco. La eclesiología de Aparecida imprime el sello de una comunidad de discípulos misioneros que anuncian la Vida en los márgenes de la historia, desde el reverso. Esos discípulos misioneros están atentos a los signos de los tiempos (Cf. GS 4,11, 44; DA 33), a partir de la mirada que se realiza de la realidad, del juicio de sus situaciones a partir del Evangelio y de la puesta en marcha de la misión permanente. La teología de la misión de Aparecida lleva inscrita en su corazón el nombre del Dios Trinidad.

Por ello, el DA haciéndose eco de las palabras de Puebla (1979), recuerda cómo “la evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria” (DA 157). Con ello además comprobamos cómo acontece un cambio en la autoconciencia de la Iglesia que mira al mundo, dialoga con él y se mueve en actitud de servicio. Au-

¹⁰ ECKHOLT, Margit, “Una Iglesia mundial en el Vaticano II. En camino hacia una nueva catolicidad”, en ECKHOLT, Margit, *La Iglesia en la diversidad. Esbozo para una eclesiología intercultural*, Santiago de Chile, 2013, 27-67.

¹¹ *Op.cit.*, 55.

tores como Severino Dianich hablan de una ruptura con antiguas formas de misión, sólo centradas en los límites de la Iglesia Católica. Fue gracias al Concilio como se recuperó la fundamentación trinitaria de la Iglesia con la cual ella va “inexorablemente fuera de los confines derivados de la pura consideración de su relación con Cristo fundador, colocándola en el amplio espacio del designio universal de salvación del Padre”¹². La Trinidad nos permite abrir el horizonte de visión, favorece una agudización del oído y nos mueve a anunciar el Evangelio a todas las naciones y en todas las culturas.

3.1 La Vida Consagrada dentro de la eclesiología de comunión

Nuestra contribución, que proviene del *lugar vital* de un laico, se enmarca en el contexto de la Vida Religiosa y Consagrada. Por ello, nos ha parecido pertinente esbozar algunas reflexiones en torno a la Vida Consagrada dentro de la eclesiología de comunión. Si hemos venido asumiendo que la tesis de la Trinidad sustenta la unidad en la diferencia, manifes-

tada tanto a nivel antropológico y eclesiológico, consideramos oportuno revisar cómo dicha vivencia de la pluralidad se evidencia de manera concreta en la comunidad religiosa y en la Vida Consagrada.

Junto con ello, la segunda tesis, a saber, que la renovación de la Vida Consagrada tal y como la propone Aparecida -en términos de discipulado misionero- está siendo recepcionada desde el Concilio Vaticano II. En esto, son varios los autores que hablan de una verdadera renovación en la experiencia de las comunidades religiosas a partir de su lugar y misión en la totalidad del Pueblo de Dios (Turrado 1975; Rulla 1990; Eckholt 2014; Faggioli 2017). Estos autores ponen acentos en la dinámica antropológica de carácter personalista que fundamentó al Vaticano II. A juicio de Turrado, dicha visión se sostiene en “esta dimensión antropológica de la historia de salvación, que muy justamente es llamada teología de la encarnación”¹³. Al seguir la lógica de la Encarnación, es decir, de la visibilidad histórica tanto de Cristo como de su Iglesia, el Concilio

¹² DIANICH, Salvador, *Iglesia extrovertida. Investigación sobre el cambio de la eclesiología contemporánea*, Salamanca, 1991, 14.

¹³ TURRADO, Argimiro, *Antropología de la vida religiosa: organización humana, reinterpretación evangélica*, Madrid, 1975, 8.

-y Aparecida- asumen una teología de la vida religiosa en clave antropológica, política, pública y cultural. Las comunidades consagradas, en efecto, dan testimonio de su fe en el espacio público, a imagen de la ubicación pública de la Encarnación. No podemos, por tanto, pensar una teología de la Vida Consagrada al margen de la teología de la historia, ni de la lógica de la Encarnación. Incluso, el lema del Horizonte Inspirador de la Vida Consagrada en América Latina y el Caribe para el trienio 2015-2018 ponen acentos en la experiencia del testimonio histórico y del movimiento propio de la Encarnación: “Salgamos a prisa al encuentro de la vida”.

Si las orientaciones eclesiológicas y pastorales de la Vida Consagrada en nuestro continente se están articulando en clave de salida y de dinámica vital, es porque hemos reconocido que el Dios cristiano es un Dios personal -clave personalista del Vaticano II- que va en salida -clave eclesiológica de Francisco- y que envía a sus discípulos misioneros, laicos y consagrados a testimoniar la vida en abundancia que han y

hemos recibido -horizonte inspirador de la CLAR. Evidenciamos así una interesante síntesis de los planteamientos conciliares, magisteriales continentales y particulares propios de los carismas de las congregaciones con las cuales caminamos en la historia del continente.

En vistas a este lugar público y cultural en el cual las comunidades consagradas ejercen su ministerio discipular, reconocemos con Margit Eckholt que “los impulsos de renovación para la vida religiosa brotados del concilio Vaticano II subrayaron precisamente dicho aspecto, es decir, la dimensión eclesial de la vida religiosa”¹⁴. Si hay una vuelta al personalismo, a lo público y a lo político, es porque es necesaria la renovación no solo individual del consagrado sino de su pertenencia a la comunidad que lo acoge, lo forma, sostiene y acompaña. Es toda la comunidad la que camina unida en medio de las distintas y legítimas pluralidades, pero unidas bajo la confesión de un mismo Dios, una misma fe, un solo bautismo y un solo Señor (Cf. Ef 4,5).

¹⁴ ECKHOLT, Margit, “Amistad y sabiduría: el enraizamiento eclesiológico de la vida religiosa”, en ECKHOLT, Margit, *La Iglesia en la diversidad. Esbozo para una eclesiológica intercultural*, Santiago de Chile, 2013, 183-207, 183.

Precisamente en virtud de este *enraizamiento* Eckholt considera que uno de los conceptos apropiados para hablar de la vida religiosa es el de amistad. Los consagrados se constituyen en amigos de Jesucristo, a la vez que practican la experiencia de la diferencia. Así, esta autora comenta que “la amistad es entendida en sentido universal, también en cuanto amistad hacia el extranjero, el diverso, el no creyente, lo mismo que la amistad entre varones y mujeres”¹⁵. Esto constituye a su vez uno de los principios dinamizadores de las orientaciones de la CLAR en las cuales leemos que la revolución de la ternura y la medicina de la misericordia anunciada por el Concilio, Francisco y Aparecida suponen la creación de un espacio de encuentro en la diferencia el cual es identificado por la CLAR con la Betania sinóptica. Por ello “todo el conjunto de signos e interpretaciones sostienen la dinámica de la relacionalidad que la CLAR ha promovido en los últimos trienios y que seguirá iluminando su camino por los senderos de la inter/intra-generacionalidad, inter-congregacionalidad,

inter-culturalidad y la integración de las categorías de género”¹⁶.

El valor teológico del *inter* y del *intra* se sustenta en la experiencia histórico-salvífica de la Trinidad. Los discípulos misioneros del Dios que es Uno en lo Múltiple son capaces de acoger y discernir cómo en la realidad los nuevos impulsos de relacionalidad son signo de la presencia de Dios. El Dios cristiano, que se reveló como Padre, Hijo y Espíritu, nos mueve a todos, laicos y consagrados -eso es la eclesiología de comunión- a reconocer las pluralidades como espacios de crecimiento y maduración de la fe. Es necesario una eclesiología sapiencial, que sepa escrutar y tener un olfato especial para el discernimiento de los signos de los tiempos en esta nueva hora de la historia (Cf. GS 4,11,44). Es necesario, por tanto, practicar una relacionalidad solidaria con el ser humano y las culturas, con los nuevos espacios públicos de reuniones sociales, políticas, eclesiales y culturales. Con ello se experimentará una renovada eclesiología del testimonio evangelizador y misionero.

¹⁵ ECKHOLT, Margit, “Amistad y sabiduría: el enraizamiento eclesiológico de la vida religiosa”, en ECKHOLT, Margit, *La Iglesia en la diversidad. Esbozo para una eclesiología intercultural*, Santiago de Chile, 2013, 183-207, 186.

¹⁶ CLAR, *Salgamos a prisa al encuentro de la vida*, 6.

4. Evangelización de las culturas desde el carisma trinitario

Una de las claves transversales de nuestro estudio ha sido la consideración positiva de la pluralidad. Hay pluralidad al interior de la Trinidad, hay comunión de diversos creyentes al interior del único Pueblo de Dios, con presencia activa de laicos y consagrados que son enviados como discípulos misioneros a anunciar la Buena Noticia de Jesús, y en este momento del artículo reconocemos la cultura como un fenómeno plural. Es por ello por lo que no podemos hablar de cultura en singular, sino de culturas.

Las culturas representan un reto y una tarea fundamental al momento de repensar la misión, tanto de los laicos como de los consagrados. No podemos desconectar el espacio de convivencia (el *éthos*) -la cultura y las culturas- de la vivencia creyente en el Dios Trinidad. Así lo hizo notar Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*¹⁷ cuando nos dice que “la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en

otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada” (EN 20). Pablo VI por medio de EN está acogiendo el Concilio Vaticano II y su deseo de diálogo y de encuentro con el mundo. La mirada de la Iglesia sobre las realidades sociales, políticas y culturales es positiva pero crítica. Y en ello existe un reconocimiento explícito de todos aquellos beneficios con que las culturas enriquecen el anuncio del Evangelio y el discernimiento de los signos de los tiempos en esas mismas culturas (Cf. GS 44).

Ahora bien, el reconocimiento de la positividad de las culturas y de la evangelización de las mismas, acontece porque el mismo Verbo de Dios se hizo carne y por su Encarnación asume las culturas. Así lo hemos hecho notar en otro artículo¹⁸. En el DA hay un reconocimiento explícito a la *assumptio creativa* de las culturas

¹⁷ De ahora en adelante EN.

¹⁸ ESPINOSA, “Y el Verbo de Dios se hizo cultura. El desafío de re-pensar teológica y pastoralmente lo cultural”, en *Anales de Teología* 17.1, 2015, 175-189.

por parte del Verbo. Así, en el Discurso Inaugural, Benedicto XVI sostiene:

“en última instancia, sólo la verdad unifica y su prueba es el amor. Por eso Cristo, siendo realmente el Logos encarnado, “el amor hasta el extremo”, no es ajeno a cultura alguna ni a ninguna persona; por el contrario, la respuesta anhelada en el corazón de las culturas es lo que les da su identidad última, uniendo a la humanidad y respetando a la vez la riqueza de las diversidades, abriendo a todos al crecimiento en la verdadera humanización, en el auténtico progreso. El Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se hizo también historia y cultura” (Discurso Inaugural 1).

El amor hasta el extremo del Hijo constituye una obra Trinitaria completa. Es el amor que el Padre siente por el mundo y que movido por él envía al Hijo (cf. Jn 3, 6). Y es el amor del Padre con el Hijo que permite el envío del Espíritu (Cf. Jn 14,26). La Trinidad se relaciona desde el amor “hasta el extremo” y por ello es por lo que ella no es ajena a los desarrollos culturales. Por tal razón hemos hablado de una evangeli-

zación de las culturas a partir del carisma trinitario. La evangelización de las culturas es desde el amor de la Trinidad y en el amor al mundo, a nuestros pueblos y a sus miembros. Y por ello nos hacemos eco de las Palabras de Aparecida: “evangelizar sobre el amor de plena donación, como solución al conflicto, debe ser el eje cultural “radical” de una nueva sociedad. Sólo así el Continente de la esperanza puede llegar a tornarse verdaderamente el Continente del amor” (DA 543).

Bibliografía:

- CAAMAÑO, “Cristo y la vida plena. Aportes a la recepción de Aparecida” en Teología, XLIV. 94, 2007, 445-456.
- GALLI, “Lectura teológica del texto de Evangelii gaudium en el contexto del ministerio del Papa Francisco”, en *Medellín*, 158, Abril-Junio 2014, 47-88.
- ECKHOLT, Margit, “Una Iglesia mundial en el Vaticano II. En camino hacia una nueva catolicidad”, en ECKHOLT, Margit, *La Iglesia en la diversidad. Esbozo para una eclesiología intercultural*, Centro Teológico Manuel Larraín Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, 2013, 27-67.

- ECKHOLT, Margit, “Amistad y sabiduría: el enraizamiento eclesiológico de la vida religiosa”, en ECKHOLT, Margit, *La Iglesia en la diversidad. Esbozo para una eclesiología intercultural*, Centro Teológico Manuel Larraín Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, 2013, 183-207.
- ESPINOSA, “Y el Verbo de Dios se hizo cultura. El desafío de re-pensar teológica y pastoralmente lo cultural”, en *Anales de Teología* 17.1, 2015, 175-189.
- ESPINOSA, “La Trinidad: origen y fundamento de la eclesialidad de la fe”, en *Anales de Teología* 17.2, 2015, 381-394.
- DIANICH, Salvador, *Iglesia extrovertida. Investigación sobre el cambio de la eclesiología contemporánea*, Sígueme, Salamanca, 1991.
- KASPER, Walter, *La Iglesia de Jesucristo*, Sal Terrae, Santander, 2013.
- RONCAGLILO, “El Discipulado como una clave hermenéutica de la pastoral” en *La Revista Católica*, 1171, 2011, 214-225
- TURRADO, Armigio, *Antropología de la vida religiosa: organización humana, reinterpretación evangélica*, Paulinas, Madrid, 1975.
- VERGÉS, Salvador, *Imagen del Espíritu de Jesús*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1977.
- VON BALTHASAR, Hans Urs, *Sólo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca, 2006.